



MEDUSA

Título original: MEDUSA. The Girl behind the Myth

Texto: © 2021, Peebo & Pilgrim Ltd.

Ilustraciones: © 2021, Olivia Lomenech Gill

Traducción: Laura Lecuona

D. R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

info@oceano.com.mx

Primera edición: 2022

ISBN: 978-607-557-544-5

Impreso y encuadernado en:

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

Hecho en México / Impreso en España

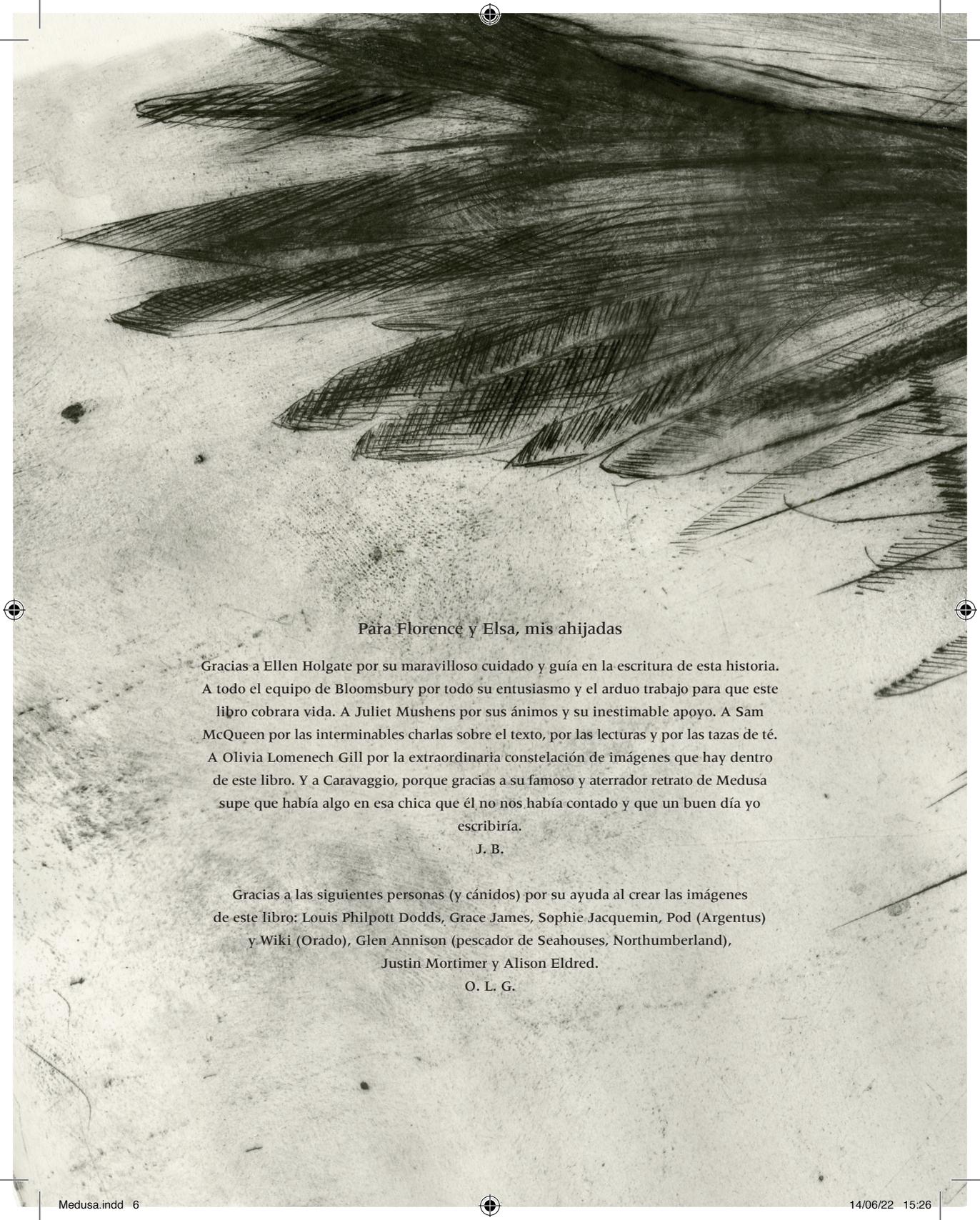
Made in Mexico / Printed in Spain

MEDUSA



JESSIE BURTON
ILUSTRACIONES DE
OLIVIA LOMENECH GILL

GRANTRAVESÍA



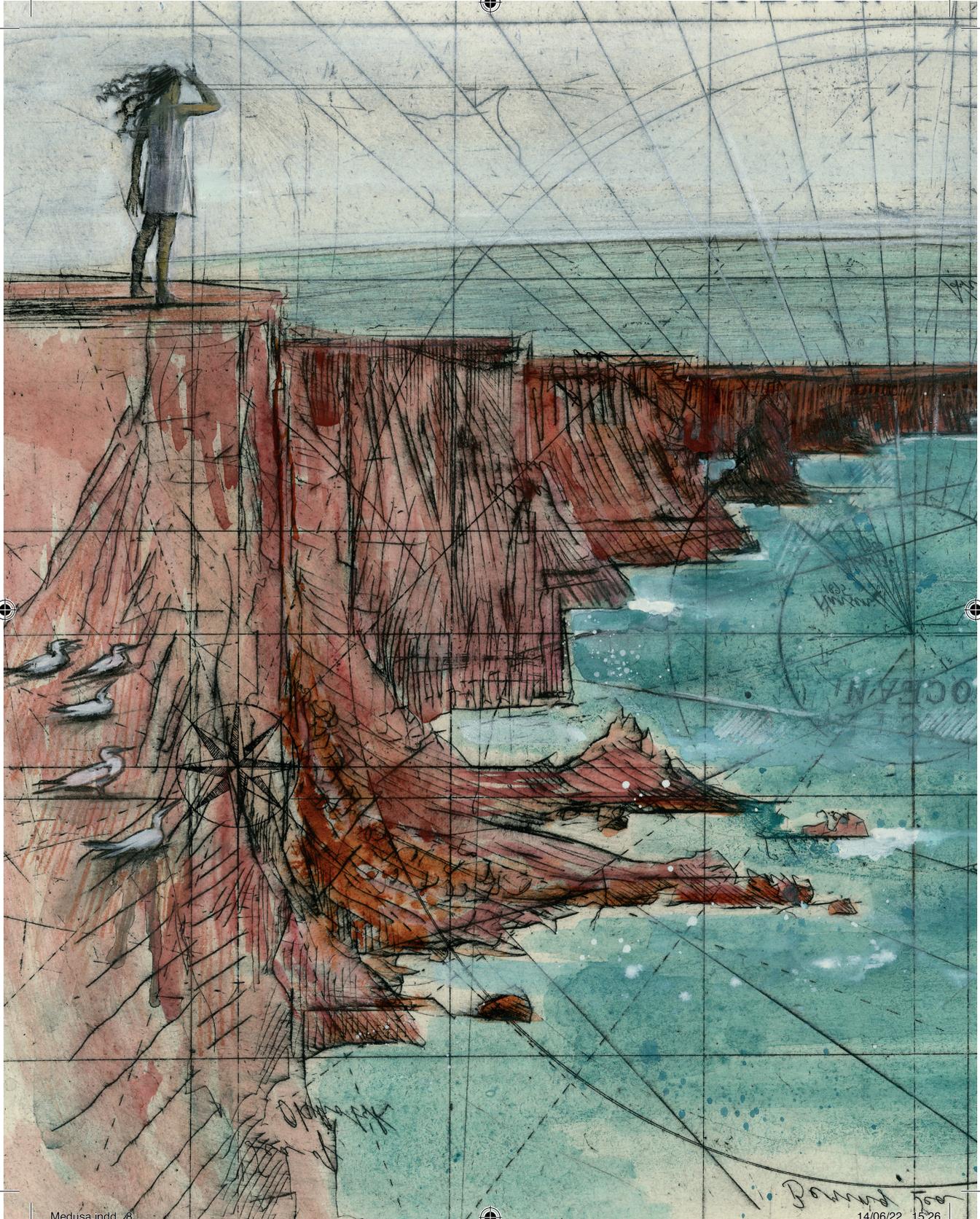
Para Florence y Elsa, mis ahijadas

Gracias a Ellen Holgate por su maravilloso cuidado y guía en la escritura de esta historia. A todo el equipo de Bloomsbury por todo su entusiasmo y el arduo trabajo para que este libro cobrara vida. A Juliet Mushens por sus ánimos y su inestimable apoyo. A Sam McQueen por las interminables charlas sobre el texto, por las lecturas y por las tazas de té. A Olivia Lomenech Gill por la extraordinaria constelación de imágenes que hay dentro de este libro. Y a Caravaggio, porque gracias a su famoso y aterrador retrato de Medusa supe que había algo en esa chica que él no nos había contado y que un buen día yo escribiría.

J. B.

Gracias a las siguientes personas (y cánidos) por su ayuda al crear las imágenes de este libro: Louis Philpott Dodds, Grace James, Sophie Jacquemin, Pod (Argentus) y Wiki (Orado), Glen Annison (pescador de Seahouses, Northumberland), Justin Mortimer y Alison Eldred.

O. L. G.



Bonus for

CAPÍTULO UNO

Si te dijera que maté a un hombre con una mirada, ¿te quedarías a escuchar el resto de la historia? ¿El porqué y el cómo y qué pasó a continuación? ¿O saldrías huyendo de mí, de este espejo manchado, de este cuerpo de carne singular? Te conozco. Sé que no te irás, pero mejor déjame empezar con esto: una chica en el borde, un acantilado, el viento que sacude su extraña cabellera. Allá abajo, un chico en su bote. Deja que se cuenten su historia, más vieja que el tiempo, el uno al otro. Deja que se conozcan hasta la indiscreción.

Permite que comience en mi isla rocosa.

Mis hermanas mayores y yo llevábamos allí cuatro años, un destierro eterno que nosotras mismas habíamos elegido. En casi todos los aspectos, el lugar se adaptaba a mis necesidades a la perfección: solitario, bello, inhóspito. Pero para siempre es mucho tiempo y algunos días pensaba que me volvería loca; de hecho, ya lo estaba.

Sí, habíamos escapado; sí, habíamos sobrevivido; pero la nuestra era una vida a medias, escondiéndonos en cuevas y sombras.

Mi perro Argentus, mis hermanas, yo: mi nombre que a veces se susurraba en la brisa.

Medusa, Medusa, Medusa. En la repetición y en las decisiones tomadas, mi vida, mis verdades, mis días tranquilos, los pensamientos que se formaban, todo se había desvanecido. ¿Y qué quedaba? Estos salientes rocosos, una joven arrogante recién castigada, una historia de serpientes. La escandalosa realidad: no conocía ningún cambio que no fuera monstruoso. Y había otra verdad: me sentía sola y llena de ira; la rabia y la soledad pueden acabar teniendo el mismo sabor.

Cuatro años atrapada en una isla es mucho tiempo para pensar en todo lo que ha salido mal en tu vida. Las cosas que te hizo la gente y que estaban fuera de tu control. Cuatro años sola, así, avivan el ansia de amistad e insuflan tus sueños de amor. Estás en lo más alto de un acantilado, oculta tras una roca. El viento golpea una vela y el perro de un desconocido comienza a ladrar. Entonces, aparece un chico y tú sientes que tus sueños pronto podrían hacerse realidad. Salvo que esta vez la vida no será vergonzosa. Esta vez, será una vida buena y feliz.

Lo primero que vi de este chico (yo estaba en el borde de aquel acantilado mirando hacia abajo, él en el bote, con la mirada perdida) fue su espalda. Su encantadora espalda. La manera en la que arrojaba el ancla en mis aguas. Luego, mientras se enderezaba, el contorno de su cabeza: ¡una cabeza perfecta! Al girarse, su rostro se giró hacia mi isla. Miró sin ver.

Yo sé mucho acerca de la belleza. Demasiado, de hecho. Pero nunca había visto nada como él.

Tenía más o menos mi edad, era alto y bien proporcionado, aunque algo delgado, como si llevara mucho viajando en ese bote y no supiera pescar. Al sol le fascinaba su cabeza y formaba diamantes en el agua para coronarla. Su pecho era un tambor en el que el mundo marcaba un ritmo; su boca, la música para bailarlo.

Contemplar a ese chico resultaba doloroso, pero resultaba imposible apartar la mirada. Quería comérmelo como si fuera un pastel de miel. Quizá fuera deseo, quizá fuera pavor: quizá fueran ambos. Quería que me viera y temía que lo hiciera. Mi corazón me asombraba como una herida en busca de sal.

Parecía estar calculando el tamaño de mis rocas y cuán infranqueables serían. Un perro, el origen del ladrido que me llevó a mi puesto de observación, se lanzó a la cubierta como una bola de luz.

ORADO



—¡Orado! —llamó el chico a su bola de luz—. ¡Por el amor de Zeus, cálmate!

Parecía preocupado, pero su voz era clara. Tenía un acento extraño, así que supuse que vendría de lejos. Orado, el perro, se sentó y movió la cola. Observar a esta criatura animó mi corazón herido. *¿Un amigo para Argentus?*, me pregunté, pensando lo solo que estaba mi perro sin otros de su especie.

Pero lo que de verdad pensaba era: un amigo para mí.